

(Transcripción no revisada por el autor)

**RETIRO RAMA FAMILIAR 1995
POLARIDAD HOMBRE - MUJER**

Segunda charla

Para empezar esta charla, quiero leerles un par de trozos donde el Padre aborda la problemática del hombre. En el libro *Mi filosofía de la educación*, dice:

"Si mantenemos esta perspectiva ante nuestra mirada, comparándola con la posición que ocupa el padre en la cultura moderna, no es difícil formular la importante aseveración: La tragedia del tiempo actual es, en el fondo, al tragedia del padre. En forma creciente vivimos y nos movemos en un tiempo sin padre.

Esto equivale a decir que la tragedia de la cultura actual es a situación en que se encuentra el varón. Encontraremos muchos análisis, libros, profundizaciones sobre la mujer, pero del varón no se habla porque pareciera que está bien, que no hay problema con él, que el problema es sólo de la mujer. Para el P. Kentenich no es así, decididamente. En primer lugar, el problema es del hombre. En este proceso cultural es en primer lugar el varón quien está en cuestión. Hay una deshumanización del varón. Y por eso el fin primario de Schoenstatt es abrir perspectivas a un nuevo tipo de varón cristiano.

En este retiro acentuamos la crisis del ser humano que adquiere un cariz peculiar al hablar de la crisis del varón y de la mujer.

La cita del P. Kentenich continúa así:

"El padre se convierte cada vez más en una figura trágica de la literatura y en la vida. Basta recordar la frecuencia con que las revistas cómicas se ocupan de él y las caricaturas que exhibe continuamente la televisión. Tanto en uno como en otro

caso se muestra una imagen desfigurada de lo que significa ser padre y de la auténtica paternidad. Se le ve, es cierto, bien intencionado, pero no pasa de ser un torpe personaje que ha fallado totalmente en el ejercicio de su autoridad paterna como instancia decisiva en la vida familiar.

Es objeto de burla y, en el mejor de los casos, es objeto de compasión para la mujer y el hijo, especialmente para las hijas mayores. (...)

Normalmente siempre le ha resultado difícil al varón lograr que un amor auténtico pueda captar y transformar sus poderosos instintos y la fuerza avasalladora que ellos desatan. Esto se explica si se tiene en cuenta su original estructura físico-síquica, diferente al modo de ser y vivir femeninos.

Pensemos que gran parte de las cosas que tenemos en nuestra cultura se han logrado gracias al instinto de conquista, de posesión, del varón.

Una antigua fábula nórdica llama simbólicamente la atención sobre esta realidad. Afirma que con ocasión de su bautismo, los antiguos héroes germánicos habrían mantenido su brazo derecho fuera del agua bautismal. Con ello querían expresar que, a pesar del bautismo, fieles a las antiguas costumbres paganas, aunque ahora fuesen cristianos, tenían la intención de seguir abrazando a la mujer y de emplear la espada. Es decir, no querían renunciar a dar riendas sueltas a sus instintos desordenados.

Los son signos del desborde masculino, la espada, la lucha, la conquista, y la sexualidad desenfrenada.

O dicho de otra forma, no querían que esos instintos fueran bautizados a fin de conservar su antigua libertad, sin integrar ni subordinar sus instintos al amor

cristiano. Si se tiene en cuenta esta disposición y fundamento natural, no es de extrañar que el sexo masculino se contagie rápida y hondamente, incluso a menudo en forma incurable, con la enfermedad radical, con el bacilo de la epidemia que ataca al hombre moderno: la múltiple disminución de la capacidad de amar

Lo que él llamaba el hombre mecanicista. Es el hombre quien, en esta cultura se ha colectivizado, deshumanizado, que ha perdido su capacidad de amar. En esta cultura que ha destruido al ser humano, a la persona humana, pareciera que el varón ha sido el más perjudicado. No es de extrañarse que el sexo masculino se contagie rápida y hondamente, incluso a menudo en forma incurable, con la enfermedad radical.

Más adelante el Padre se refiere a tres afirmaciones:

Los espartanos serán siempre un fragmento porque nunca llegan a ser plenamente varones. La causa radica en que quien nunca fue plenamente niño nunca llegará a ser plenamente varón. Al referirnos a los espartanos, los consideramos como símbolos de un modo de ser acentuadamente masculino. El axioma nos recuerda que el modo de ser masculino permanece inarticulado en tanto cuanto no descansa en la filialidad y fluya de la misma y se alimente continuamente de ella.

Esto nos da una visión panorámica de lo que el Padre piensa y de su llamado a un trabajo de conquista de nuestro yo en su especificidad masculina y femenina.

¿Quién nos va a mostrar, a aclarar cuál es el ser femenino y el ser masculino? ¿Quién nos dice cómo Dios pensó al varón y cómo pensó a la mujer? Y no como nos lo dicen las revistas, la televisión, los foros. Estamos en un caos, en un relativismo. Una de las características fundamentales de nuestra cultura, al haberse desligado de Dios, al haber cortado el cordón umbilical, es que no hay criterio

moral, no hay un orden de ser. Este orden de ser supone un Dios, la existencia de un Dios que ha creado al hombre con una forma determinada. Si no creemos en ese Dios, lo que el hombre es dependerá de los condicionamientos culturales, de muchos otros factores externos. Así, en la Edad Media, la mujer era de esta forma, en la antigüedad de esta otra; en el siglo XVIII de esa otra forma, y actualmente de esta forma y mañana lo será de otra...Depende de los condicionamientos culturales, de las corrientes de la época, de lo que queramos, en último término.

Hoy estamos viviendo un relativismo respecto a la naturaleza del ser humano, del hombre, de la familia, de todo. Es la revolución del ser al cual nos referíamos.

Una perspectiva solamente sociológica no resuelve esta cuestión. Podemos taparnos de posiciones sociológicas y encontrar justificaciones para todo: para una sociedad patriarcal, para una sociedad matriarcal, amorfa, etc. Todo puede existir y justificarse plenamente. Todo existe bajo el signo del pecado, corrompido por el pecado. Difícilmente podremos leer en una humanidad que ha se ha deformado por el pecado, lo que es el hombre, lo que es la convivencia, lo que es el ser, lo que es la familia, etc.

La única perspectiva que nos puede dar una respuesta segura es, sin duda, el orden de ser y la fe. El P. Kantenich dice que ésa es la acción más fundamental de todo nuestro edificio: el orden de ser determina el orden de actuar. Un orden de ser que es difícil conocer. Porque el hombre que piensa en el orden de ser, es un hombre que tiene ya su inteligencia herida por el pecado. Y es por eso que ese orden de ser tiene que ser esclarecido por la Revelación y por el Magisterio de la Iglesia. Si no juntamos estos tres elementos: el esfuerzo por ir al orden de ser, a la esencia, la Palabra de Dios en la Biblia y lo que nos dice el Magisterio de la Iglesia al respecto, no tendremos la base segura para poder después esculpir esa imagen en nosotros, ese orden, que Dios pensó de cada uno de nosotros.

En esta perspectiva, nos plantearemos tres pasos.

- Primero, desentrañar el mensaje de Dios en el Génesis, en la creación del hombre.,
- Segundo, ver nuestra identidad masculina y femenina en el orden de nuestro ser corporal. Dios nos hizo con un cuerpo determinado que manifiesta la voluntad de Dios. El hizo un cuerpo de varón y un cuerpo de mujer que llevan impresa una voluntad divina.
- Tercero, buscar una luz en el sacramento del matrimonio, donde encontramos cuál debe ser la relación de hombre-mujer, de esposo-esposa.

I. Que nos dice el Génesis

Conocemos bien el relato bíblico. Hay dos relatos bíblicos: uno es más teológico y diferencia más el varón de la mujer; y otro más genérico, donde se muestra al ser humano, al hombre como tal. Tiene un lenguaje arcaico, simbólico. A través de imágenes, de acuerdo a la mentalidad de la época, el escritor quiere decirnos qué quiso Dios al crear al hombre.

La frase fundamental que nos da el primer principio es: Hagamos al hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza. "Y creó Dios al hombre a imagen suya. A imagen de Dios lo creó, macho y hembra lo creó".

¿Qué se deduce de ello? Primero, que la idea del hombre no la realiza en su totalidad, por sí mismo, ni el varón ni la mujer. La idea total del hombre abarca al varón y a la mujer, a ambas modalidades. Y ambas modalidades, son de igual dignidad y de igual valor. Son seres humanos. Todos somos seres humanos. Y toda diferencia que podamos distinguir en ambos es una acentuación, un más y un menos dentro de una igualdad genérica. Esto es básico, aunque parece tan evidente, porque históricamente se ha considerado a la mujer inferior al hombre en su ser. Desde la antigüedad, cuando los filósofos se preguntaban si la mujer era realmente un ser humano, hasta las posiciones de la Edad Media que consideraban de hecho a la mujer un ser inferior y se cuestionaba si era capaz de pensar, de raciocinar, si tenía alma. En todas estas exageraciones, hay una línea continua de

desvalorización de la mujer. Se la considera un ser inferior y muchas veces se recurre incluso a la Biblia para demostrar que la mujer fue creada de Adán, como un ser secundario, dependiente.

La Biblia ciertamente quiere decirnos lo contrario de todas estas aberraciones. Nos dice que Eva, la mujer, es igual a Adán, el varón: “Esta sí que es carne de mi carne, hueso de mis huesos”, es decir, por fin, un ser igual a mí... El hombre se siente solo en medio de toda la creación que Dios le ha puesto a su disposición. Simbólicamente, Dios lo hace dormir y saca de él a la mujer. Y cuando ve a la mujer Adán dice ésta sí que es igual a mí, es carne de mi carne, es sangre de mi sangre, huesos de mis huesos... Dios crea a dos seres exactamente iguales.

Pensemos en lo que ha sido el machismo. Nosotros hablamos de una cultura hipervirilizada. En la cultura centroeuropea, se da una deformación de la virilidad en la línea de la razón, del poder de la razón. Este racionalismo nació en Europa central con Kant que es el típico representante del hombre racionalista, que elucubra, que crea las grandes ideologías con las cuales domina el mundo, que hace planes. En nuestras culturas latinoamericanas, se da otra deformación de la virilidad que es el machismo. Nuestra cultura latinoamericana deforma la imagen del hombre haciéndolo un ser superior en un contexto machista de poder, de mandar, de ser dueño y señor de la mujer, de dominarla por la fuerza, golpeándola. Este machismo está metido en nuestra cultura por todos lados. Es evidente que el hombre tiene que ser servido, que el varón es el pachá del hogar; que no se le debe molestar, porque él es el centro del hogar y el centro de todo el mundo...

Nuestra cultura desfigura la imagen del hombre porque ese hombre muchas veces no tiene ninguna autoridad moral y la única posibilidad que tiene de hacer valer su autoridad es con la fuerza, mandando, golpeando, gritando. Y su autoridad se ha desfigurado. Esta es nuestra realidad que está profundamente arraigada en nuestros pueblos latinoamericanos. Pero que también se da en una cultura de clases más altas. Nosotros no estamos tan exentos de este machismo. Hay mitos

machistas como el creer que la religión es cosa de mujeres, o que la mujer no piensa, o que los hombres no lloran; son todos mitos machistas.

Hay una equivocación fundamental en todo esto, sobre todo al decir que la mujer no piensa. Una cosa es que el hombre ratiocine más que la mujer, que analice las cosas más que la mujer. Pero eso no significa que la mujer no piense. Muchas veces es mucho más aguda en su inteligencia, para captar lo profundo de las cosas cuando el varón muchas veces ni siquiera se ha dado cuenta de esa realidad. De una mirada puede llegar al meollo de una cosa. Tiene una inteligencia mucho más aguda, más certera que el hombre. Tiene otra manera de pensar.

Se dice que la mujer no puede estar a la cabeza de nada, porque se confunde, porque es confusa. Sin embargo, cuántas demostraciones tenemos de la capacidad de la mujer en este plano.

Este machismo que existe entre nosotros es una deformación cultural. El hombre es quien emprende, quien dirige, quien tiene las iniciativas y se considera a la mujer pasiva, que sólo escucha, que sirve; es la sirvienta del hombre. Sin embargo tenemos demostraciones y ejemplos concretos de mujeres que son científicos, filósofas, que dirigen empresas, que sacan adelante su familia, etc. etc.

¡Qué distinto es todo esto si miramos a María! Mira decide la historia. No es un varón quien decide la historia. Dios llama a una mujer y le pide el sí, y de ese sí, de lo que ella dirá, de su posición, se determina la historia de la salvación. Santo Tomás dice que toda la creación estaba expectante a lo que diría María. Y sólo cuando ella dice su sí, el Verbo se hace carne. Y esta Mujer se siente tan libre, tan dueña de sí misma que entra en una interlocución con Dios. El ángel le trae un mensaje de parte de Dios. Ella le dice: cómo puede ser esto si yo he decidido otra cosa? Yo había pensado otra cosa, había determinado ir contra todas las costumbres de mi pueblo. Donde todas las mujeres querían ser madre, ella había elegido la virginidad. Y el ángel le da explicaciones y María dice: He aquí la sierva del Señor, hágase según como él quiere".

Después de este anuncio, María hace algo "muy poco femenino": parte presurosa a través de la montaña, con una intención netamente femenina que es ayudar a su prima Isabel que está esperando un hijo. La actitud de partir indica que María es una personalidad íntegra, fuerte, valiente, distinta a la imagen que tenemos normalmente de María y de la mujer.

Hay un polo capaz de entrar en interlocución.

Una mujer esclavizada, denigrada, reducida, no es capaz de ser polo del hombre. Y el varón reduce a la mujer a una esclavitud y se queda sin interlocutor, no puede decir como Adán: "Esta sí que es carne de mi carne, huesos de mis huesos", con ella sí que puedo trabajar. Esto es culpa de la cultura.

La primera consecuencia que sacamos del relato del Génesis es la igualdad absoluta, total, de dignidad, de valor, del hombre y de la mujer. La misma expresión bíblica: "la llamarás *varona* ", indica esta igualdad.

Los segundo que podemos colegir. Dios crea el ser humano en dos versiones. Hay una estructura polar. "No es bueno que el hombre esté solo" significa que el hombre y la mujer se necesitan mutuamente en dos dimensiones: en la procreación y en el plano psicológico. Son almas complementarias, por eso el magnetismo que existe entre ambos. No es sólo un magnetismo físico sino que es un magnetismo que indica la necesidad de encontrar algo que no se tiene en el otro ser que que fascina. Y esto crea esa extraordinaria relación, atracción, entre el hombre y la mujer. Nunca será igual para un varón estar frente a un varón que estar frente a una mujer. Siempre será distinto; hay algo inefable que es querido por Dios. Las almas, las psicologías son distintas y complementarias. De aquí la tragedia que ocurre cuando se produce un ser amorfo, bisexual, difuso, confuso. Pensemos en la cultura postmoderna. Cuán difícil es a veces distinguir si la persona que ante nosotros es un hombre o una mujer. Y no sólo porque se dejan el pelo largo o porque están vestidos iguales, sino incluso porque hablan iguales, porque sienten de la misma forma.

Miremos a Cristo. ¡Qué varón es Cristo! ¡Qué masculino es Cristo! Muchas veces pensamos en el Señor como la imagen del hombre perfecto, sin pensar que también es la imagen del varón perfecto. Cuando Jesús tenía 12 años, le dice a María: "¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que tengo que estar en las cosas de mi padre?". Es una respuesta netamente masculina. Es una actitud brutalmente masculina. Y cuando le dice a Pedro, después que éste le aconseja no ir a Jerusalén porque lo pueden aprehender: "¡Apártate de mí, Satanás!". Son posiciones fuertes, viriles, porque él sabe que tiene una tarea que cumplir aunque le cueste la vida. Es una virilidad articulada. También es capaz de decir: "Vengan a mí los que están agobiados, porque yo los aliviaré". Es el Cristo viril que ha asimilado en sí mismo la complementación femenina.

Esa complementación de esta diversidad no solamente se realiza en el quehacer, en el procrear, en el trabajo, sino que el varón tiene asimilar los elementos típicamente femeninos, como también la mujer tiene que asimilar también los elementos del alma femenina.

Este es el plan de Dios.

Ahora bien, esa armonía y complementación es rota por pecado. La maldición va diferenciada para el hombre y para la mujer.

A Adán Dios le encomendó dar nombres a los animales, dominar la creación, organizar, actuar.

¿Cómo creó Dios al hombre? Lo hizo mirando a la creación, al mundo. A la mujer, ¿cómo la hizo? La hizo mirando al tú, mirando a la persona. La hizo madre de los vivientes. Eva significa madre de la vida, madre de los vivientes. Lo primero que ve Eva es un ser humano, un tú, a Adán. Lo primero que ve Adán es la creación, después ve a la mujer. Lo primero que ve la mujer es al varón, y a través del varón, ve al resto de la creación. Lo primero que ve la mujer es al hijo.

Pero a este hombre y a esta mujer que han pecado, Dios los castiga en su masculinidad y en su feminidad. Al varón le dice: "La tierra te será hostil, te producirá abrojos y espinas; trabajarás con el

sudor de tu frente". Es una maldición masculina. Y a la mujer le dice: "Tantas haré tus fatigas cuanto sean tus embarazos. Con trabajo parirás a los hijos. Hacia el marido irá tu apetencia y él te dominará". Estas son consecuencias del pecado original, no están en el plan de Dios primario.

Es decir, todo este desarrollo cultural que hemos descrito es una explicitación del pecado original. Esta dominación, esta esclavitud a la cual ha sido reducida la mujer es el signo de que hay un hombre adánico todavía; un hombre Adán, no un nuevo Adán, creado y redimido por Cristo.

Dios le dijo al hombre: "Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido, maldito será el suelo por tu causa. Con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida, espinas y abrojos te producirá".

En este contexto, la desfiguración de la imagen del hombre y de la mujer, el conflicto de los sexos, es producto del pecado. Recordemos que sólo cuando Adán y Eva pecan se dan cuenta que están desnudos, antes había una armonía, no había problema. A partir del pecado se crea esta maldición y esta lucha de los sexos que, a lo largo de la historia, tendrá muchas facetas. Esto quiere decir que hay una tarea de redención primaria y de evangelización primaria. La evangelización y la redención del varón como varón y de la mujer como tal.

La gracia tiene que mostrarse poderosa en mí en tanto cuanto me ayuda a superar aquellas deformaciones que el pecado ha introducido en mi masculinidad o en mi feminidad. Es imposible una redención sin la gracia. Una liberación femenina sin Cristo, sin Dios, sin la gracia. es utópica; es ir de una deformación en otra. Y si la Iglesia está preocupada y tiene que ser alma del mundo y renovar la cultura, tiene que hacer efectiva su evangelización en el hombre y en la mujer como tales. Y esto lo hemos visto muy poco. Recién ahora el Papa ha sacado una encíclica sobre la mujer, ahora, a fines del siglo 20, después de cinco o más siglos. Estamos empezando a reaccionar. En cuanto al varón aún no hemos tenido una encíclica ni otros escritos de la Iglesia. Creo que el P. Kantenich es lejos quien más ha pensado en esta problemática.

No nos hemos planteado la pregunta de cómo evangelizar al varón y cómo evangelizar a la mujer. Si el varón es cabeza, si fue puesto por Dios para gobernar el mundo, para ordenar la creación, tenemos que enseñarle a hacerlo, tenemos que evangelizarlo en cuanto a su orden de ser, a su misión. Nosotros como schoenstattianos queremos colaborar en esta evangelización que sentimos que falta en la Iglesia. Queremos ejercer una influencia decisiva en los destinos de la Iglesia y en este aspecto fundamental.

El P. Kentenich hablaba de las herejías antropológicas. La Mater se establece en el Santuario para vencer en concreto estas herejías antropológicas. En la plática del 31 de Mayo el Padre lo expresa de la siguiente manera: "Ella está supeditada a instrumentos humanos dóciles y de buena voluntad. Si es que por el primer documento de fundación, (18 de octubre de 1914) ha aceptado la tarea de mostrarse en Alemania desde nuestro Santuario en forma preclara como la Vencedora de los errores colectivistas, entonces ella -me expreso a la manera humana- busca ansiosa con su mirada instrumentos que la ayuden a realizar esta tarea".

Siempre encontraremos en el P. Kentenich la gran insistencia de que surja la pequeña María, que surja la mujer redimida, que surja la nueva Eva, porque el hombre, el varón -y lo repite hasta la saciedad, tomando una afirmación de san Bernardo- no se redime, no se salva sino por la mujer, pero por la mujer redimida. La mujer tiene una influencia extraordinaria sobre el varón, desde el inicio de la creación misma. Para todos los siglos queda sellada esa influencia negativa en Eva. Eva induce; tiene un poder extraordinario sobre el varón. Y ese poder histórico sigue hasta siempre. Pero también "una mujer aplastará tu cabeza", dice Dios a la serpiente. Surgirá un gran Señal. Y es por eso que el P. Kentenich da tanta importancia a la forjación de una nueva María, la pequeña María que en Schoenstatt, históricamente, se forjó primero en el Instituto de las Hermanas de María. La corriente del Jardín de María, de pequeñas María, nació en las Hermanas de María. Un jardín del Padre Dios en el cual florecen pequeñas María.

Pero la versión esposa, madre, todavía no está acabada. El Padre se dedicó básicamente a forjar la pequeña María en un Instituto de vida consagrada, pero no tuvo la oportunidad de trabajar tanto con matrimonios, donde tiene que surgir la pequeña María esposa, madre. Y con la misma fuerza, el P. Kentenich aboga por el renacer de una nueva imagen de varón, de un nuevo tipo de hombre, de padre, un nuevo ser, un nuevo sentir de padre, una nueva actitud de padre, por el renacimiento de la imagen del varón.

"Ciertamente existen muchas otras inquietudes tocantes a la formación y educación del varón. Todas ellas, a veces más y a veces menos, tienen su importancia. Por eso, no queremos dejar de verlas ni tampoco eliminarlas. Pensemos, por ejemplo, en la cuestión muy actual de la formación de adultos o la exigencia que plantea el apostolado de los laicos. Préstese además atención al hecho de que en toda la Iglesia se buscan varones que lleguen a ser apóstoles. El Papa y los obispos aprovechan toda ocasión propicia para poner esto en relieve. Recuérdese la clara misión del varón en la actualidad que radica en dar espíritu, ordenar y acomodar su tarea o su trabajo, que constituye buena parte del mundo técnico de hoy, a la escala de valores objetiva querida por Dios. No olvidemos finalmente que la salvación del orden social cristiano en disolución y el cambio profundo de la orientación política, dependen con urgencia de un vigoroso compromiso viril. Así podría continuar y señalar una y otra vez las tareas que hoy día se exigen del varón. Sin embargo, cada vez debería añadir que todo esto y mucho más es urgentemente necesario y conveniente, pero no es lo que debe ser considerado en primer lugar. En primer lugar está muy bien entendido el renacer del padre. O, dicho en otras palabras, la múltiple y enérgica reedificación de una imagen del padre tal como lo exige el tiempo actual según el querer de Dios".

¿Se dan cuenta lo que está diciendo el Padre aquí? Hay muchas tareas que puede y que tiene que hacer el hombre, muchas funciones que tiene que desarrollar. Pero primero que todo tiene que arreglarse él mismo. Esa es la tarea primera: la reedificación de una nueva imagen de padre. Se trata de cambiar toda la historia de los siglos pasados. Y tiene que cambiarse a partir de Schoenstatt, "tal

como lo exige el tiempo actual según el querer de Dios. El clamor que se levanta por educadores y educados equivale al clamor por auténticos padres educados".

Esta sería una vertiente que podríamos estudiar mucho más.

II. Que nos dice el orden de nuestro ser corporal

Una segunda vertiente: mirar el orden de ser directamente en el cuerpo. Y estamos a salvo también de todos los vaivenes y condicionamientos culturales. Nos podrán decir que en el siglo tanto y tanto había una cultura matriarcal o que el hombre desempeña tal o cual función. Todo eso puede cambiar y de hecho ha cambiado. Pero no nos pueden decir que a comienzos de la Edad Media la mujer no era tan mujer como ahora, tenía otro cuerpo, otra anatomía. No. Dios creó a la mujer con este cuerpo y ese cuerpo es el que determina la psicología, el alma de la mujer. También al varón le dio un cuerpo que determina su psicología, su alma de varón.

Los espíritus puros, los ángeles, no tienen sexo, no tienen feminidad ni masculinidad. Un ángel es un ser de otra categoría, un ser espiritual que tiene todas las posibilidades del espíritu. El hombre es totalmente distinto. En su ser tiene marcado el sexo, la masculinidad o la feminidad. Y esa masculinidad viene porque ese espíritu que Dios creó nació esencialmente unido a un cuerpo que es masculino o que es femenino. Y si hay algún problema es una anomalía o una consecuencia de los desórdenes que ha habido y que debemos que corregir. Pero originalmente y siempre será así hasta el final de los siglos, hay un cuerpo masculino y un cuerpo femenino.

Y por la unidad sustancial de cuerpo y alma en el ser humano, se da que el cuerpo es reflejo del alma y el alma condiciona el cuerpo; que el cuerpo imprime en el alma su sello y, a la vez, se refuerza ese sello con el espíritu que anima ese cuerpo. El P. Kentenich dice que el cuerpo es símbolo, expresión, imagen de la feminidad o de la masculinidad, psicológicamente hablando. Por eso él da tanta importancia al hacer transparente el cuerpo, ver más allá de la materialidad, ver un alma masculina o femenina.

Tratemos de adentrarnos algo en esta perspectiva que presenta el P. Kentenich. ¿Cómo descubrimos en el cuerpo, tanto masculino o femenino, la voluntad de Dios respecto a lo que debe ser el varón y lo que debe ser la mujer? El P. Kentenich distingue siempre lo que revelan los órganos sexuales en el cuerpo femenino y en el cuerpo masculino.

Los órganos sexuales femeninos revelan una capacidad de recibir, de acoger; una interioridad. Los órganos sexuales primarios están dentro del cuerpo de la mujer. En el cuerpo masculino, los órganos sexuales revelan una exterioridad, están fuera del cuerpo. Eso ya nos habla hermosamente del plan de Dios.

La mujer está hecha para acoger la vida, para recibir, para albergar, para gestar vida en sí misma, en una misteriosa interioridad. Ella lleva su secreto dentro de ella. En cambio, el hombre está lanzado hacia afuera; su fascinación está fuera de él, está en las cosas. La fascinación de la mujer está dentro de ella misma. Ella está hecha para acoger vida, es un ser que tiene una extraordinaria capacidad de recibir. El hombre da, la mujer se da a sí misma. Y se da personalmente; se da a su hijo, lo amamanta. Ese no es simplemente un hecho fisiológico, biológico; eso marca toda la psicología de la mujer. Hoy día, cuando la mujer no quiere ser madre, está perdiendo lo más profundo que tiene. Ella fue hecha para ser madre de los vivientes; ella es vida y da vida. Ella acoge la vida. Y cuando eso desaparece en la mujer, entonces no solamente es una tragedia para ella misma sino que es una tragedia que repercute en el varón. Porque el varón no puede estar solo. El varón es un pequeña criatura que necesita ser acogido, recibido, como ser humano.

Los símbolos que expresan la feminidad y la masculinidad son también significativos. ¿Cómo simbolizamos a la mujer? Con un círculo, que indica, de alguna manera, el reposo, la totalidad, la interioridad. ¿Cómo simbolizamos al varón? Con la flecha: está lanzado, va hacia... El hombre sale de sí mismo para dominar, la flecha indica movimiento. El círculo indica reposo. Si la mujer está hecha para concebir vida, para tener vida, no puede estar corriendo. Ella tiene que tener su ámbito,

tiene sentido de lo que la rodea, de las cosas. En la mujer se da el hogar porque allí tiene que nacer el niño. El hombre no puede hacerlo. El hombre puede engendrar un niño y alejarse, ir a otro lugar y engendrar otro niño. En cambio la mujer tiene que quedarse, instalarse. Por eso la mujer es también la depositaria de la cultura, de la historia, de la tradición. Eso se transmite a través de la mujer básicamente. Porque ella es estable por definición y eso está impreso en su cuerpo. Y no nos pueden decir que es un cuento, una intención, una fábula. Puede cambiarse, deformarse. Se aplica una inyección, por ejemplo, y la mujer no amamanta, incluso puede cambiarse el sexo y adquirir otra modalidad, puede deformarse. Pero pasando por ese orden de ser inscrito por Dios en la naturaleza, pasando por encima de un deber ser, por una misión, por una sicología que es necesaria para el varón, para la humanidad.

El cuerpo de la mujer es un cuerpo complejo, inmensamente rico. A veces se piensa que la mujer es complicada. Una cosa es ser complicada y otra es ser compleja. Ningún varón tiene la riqueza del cuerpo femenino. Imaginemos lo que significa crear un nuevo ser dentro de sí mismo. Es un proceso maravilloso, fascinante. Y eso se da en el cuerpo de la mujer que es de una gran riqueza. Tanto se dijo de la mujer que es el *sexo débil*... En fuerza bruta sí lo es; el hombre es más fuerte en este plano, porque tiene también otra misión; la misión de trabajar, de ordenar, de luchar, de pelear, de defender a la mujer que tiene un niño, que tiene criar un niño. Pero no podemos hacer de esto una desfiguración de la mujer diciendo que no es capaz de tomar una espada en la mano, porque tiene que abrazar a su niño.

No podemos hablar de sexo débil, porque la mujer es sin duda mucho más fuerte que el varón. Veamos, por ejemplo, la capacidad de soportar que tiene la mujer, de sufrir. Como varones también podemos sufrir, podemos aguantar, porque todo ser humano tiene que perfeccionarse en el sufrimiento. La mujer se hace mujer derramando sangre, es un signo que hay en ella. Y ella da a luz con dolor y de ese dolor nace la vida. Pasa por la purificación, sabe lo que es sufrir. Y si una mujer

no quiere sufrir, pierde su riqueza de ser mujer. Y tendremos una muñeca, un maniquí, pero no una mujer.

La mujer está hecha para la vida. Y de esto podemos sacar importantes consecuencias. Su cuerpo está unido, de alguna manera, a la tierra. No en vano se habla de la madre tierra. Pensemos en lo que significa sentir la tierra, sentir el ritmo de la creación. Nosotros, los varones, no tenemos idea de ello. La mujer en cambio, lo lleva en su cuerpo. Los ciclos de la mujer hablan de los ciclos de la naturaleza, que pasa de la primavera al verano, al otoño, al invierno. La mujer sabe lo que es este proceso de la vida. Ella recibe la vida y empieza a sentir que ello cambia todo su cuerpo, que empieza un proceso de gestación y que tiene que esperar nueve meses. La mujer tiene sentido de lo cíclico, del ritmo de la vida, de los procesos vitales. Y todo eso está en su cuerpo.

El P. Kentenich resume toda esta realidad diciendo que la mujer es obsequiosidad receptiva. Es un darse, un entregarse a sí misma pero, a la vez, es capacidad de acogida, de albergar, de criar. La mujer está fundamentalmente hecha para esto, lo cual no significa que todo lo demás le sea totalmente extraño a ella., porque es ser humano. Como seres humanos somos iguales. Y al varón corresponde más el dominar, el crear, el dirigir, pero también debe tener sentido por la vida, tener paciencia, sufrir. De alguna manera también tiene que hacerse madre, pero tiene que aprenderlo de la mujer. De lo contrario, es sumamente difícil y podremos tener una caricatura, un fragmento de hombre.

En el cuerpo masculino, los órganos sexuales son exteriores, indican movimiento, espíritu de conquista. El cuerpo entero del varón está modelado por su sexualidad. Es un cuerpo fornido, un cuerpo musculoso, un cuerpo hecho para la lucha, en cierto sentido. Es tan aberrante ver en la televisión luchas de mujeres, es algo horrendo. Pero el hombre tiene que luchar. El hombre es un vagabundo y sería un eterno vagabundo si no se anclara en la mujer. Ambas cosas son necesarias, la interioridad y la conquista, la búsqueda. Sería tremendo que todo fuera hacia adentro, que todo

fuera este cuidado, esta donación maternal. Necesitamos el otro polo, alguien que nos lance hacia afuera, que nos eduque en la conquista. En la educación de los hijos esto es clarísimo. La mujer siempre está temiendo que el niño salga, que vaya a campamentos., y el varón sabe que es necesario que salga. Ambas cosas son necesarias.

Tiene que producir una resultante creadora de dos fuerzas igualmente potentes, pero distintas. La conjunción de estas fuerzas es lo que hace la vida armónica. La lucha, la supresión, la subvaloración de una u otra, lleva al desastre.

Si decimos que la mujer es obsequiosidad receptiva, habría que decir que el varón es impulso creador. Es interesante ver el proceso de la fecundación. Es otro dato de la naturaleza, del orden de ser. El espermio es un vagabundo, un luchador que tiene que caminar para llegar al óvulo que lo recibe y le entrega toda su riqueza. Y entonces se produce la gestación. Es un proceso hermoso como expresión de la psicología del varón y de la mujer. Ambas son necesarias, ninguna se da sin la otra. Por esto también defiende tanto la Iglesia el respeto por lo natural, por la fecundación natural, porque todo otro procedimiento manipula el plan de Dios, lo desfigura. En la fecundación artificial no hay una entrega, una recepción de la mujer, una recepción activa de la mujer.

En esta maravilla que es la creación, el proceso de fecundación, es fantástico ver cómo en la conjunción de ambos se produce vida biológica, física. Y esto vale también psicológicamente. Sólo la conjunción, la fecundación de ambos elementos produce vida. Lo contrario es la cultura de la muerte, cultura que estamos viviendo cada día con mayor amenaza y sobre la cual el Papa tantas veces nos ha amonestado.

Seguimos en la próxima charla.